

CULTO.

(NECESIDAD DE UN CULTO.)

I.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Matth. iv, 10.*)

Nada hay más comun en nuestros días, que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya, porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya, porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su origen por medio del reconocimiento; y como si estuvieran fuera del imperio del Criador, no siguen más regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon que se tributan á la Divinidad; y graduan de prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas, como los ritos sagrados y las fiestas religiosas. Ha habido y hay tal empeño en combatir, no solo al culto que llamamos externo, sino el mismo culto interno, que habrian sin duda desaparecido uno y otro, sino fuesen una necesidad del corazon, que, no pudiendo dejar de amar el bien, tiene que amar á la bondad infinita. Es necesario, pues, combatir los sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente mónstruoso, de vivir sin tributar ninguna clase de homenajes á la suprema Majestad; es preciso demostrar la necesidad de un culto. Hay ciertas verdades, que, por sabidas, debieran callarse; y que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no de-

bieran discutirse; y, sin embargo, de que la necesidad de un culto es del número de ambas verdades, nos vemos precisados á demostrarla. Nuestro siglo tiene la osadía de llamarse á sí mismo ilustrado, bien que lo sea de retroceso y de ignorancia; y lleva su descaro hasta declarar la guerra al mismo Dios, y disputarle sus derechos; justo es, que nos esforcemos á defenderlos. Para proceder con orden y claridad, hoy solamente nos ocuparemos en probar la necesidad de un culto. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si consultamos la razon, nos dirá; que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud del ser, y siendo el origen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador, que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados, hasta la flor de los campos, sin ser más grande en las cosas más pequeñas, ni más pequeño en las más grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios, en fin, juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio, y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon más sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal, como el género humano; doctrina, que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho más clara entre los cristianos; y aunque las supersticiones paganas pudieran obscurecerla, jamás ha llegado á aniquilarse en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, porque la razon los demuestra de un modo evidente.

¿Y quién no ve, que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce, que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á Él? Si es nuestro Criador, ¿no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante, que gozamos de ella, un nuevo beneficio, que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por reglas de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si, en fin,

ha de ser un día nuestro juez, ¿no será preciso, que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

En la suposición absurda y quimérica de que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y de que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; estaríamos indudablemente en esa independencia absoluta de la Divinidad, que el ateísmo predica, y todo vínculo religioso sería una cadena vergonzosa y humillante, que deberíamos apresurarnos á romper. Entónces, no siendo Dios nada para nosotros, podríamos juzgarnos dispensados de todo deber y relación con él; pero dictándonos la razón, que Dios es nuestro criador y conservador, debemos tributarle nuestros homenajes.

Si fuésemos semejantes á los animales, é incapaces como ellos de conocer á Dios, de admirarle en sus obras, y de penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios, estaríamos sin duda como ellos en el caso de no rendir ningún homenaje al Criador; pero estando dotados de esa razón sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos cuanto somos, y en particular esa preeminencia, que hace al hombre rey de los animales, así como del resto de las criaturas; ¿no será una cosa indigna el querer, que seamos tan indiferentes hácia la Divinidad como el animal que rumia, y la planta que vejeta? Esto es querer, que juntemos á la insensibilidad del bruto, con relación á los beneficios del Criador, la vergüenza y el crimen de la ingratitud, de que solo es capaz el ser inteligente.

2. Pero Dios, se dice, ninguna necesidad tiene de nuestros respetos y de nuestros servicios. Lo sabemos: siendo feliz en sí mismo, no necesita de sus criaturas. El Señor no será más feliz por nuestros homenajes, ni desgraciado por nuestra rebelión; es muy distinto de los príncipes de la tierra, que experimentan sensaciones íntimas de placer ó de pena por la fidelidad ó desobediencia de sus súbditos, y cuyo destino depende, más ó menos, de las pasiones y de los caprichos de los pueblos. Por más firmes y elevadas que estén las potestades de la tierra, pueden caer, y perecer; pues cuanto ha hecho la mano del hombre, está sujeto al imperio del tiempo. No sucede lo mismo respecto de Dios, que es eterno. Nuestra indiferencia no puede alterar su felicidad, ni la rebelión de todas las naciones coligadas podrían oscurecer su gloria, ni conmover el trono de su grandeza. No es para ser más feliz que quiere Dios ser honrado por sus criaturas; sino porque siendo la sabiduría y la equidad misma,

no puede dejar de aprobar y mandar cuanto es conforme á la soberana razón, y condenar cuanto se separa de ella. Está pues en la naturaleza de las cosas, que la criatura dependa del Criador, que Dios sea el fin de todo, como es su principio; y si no puede despojarse á sí mismo de su cualidad de Señor supremo, tampoco puede despojarnos de nuestra cualidad de súbditos suyos: somos la obra de sus manos, y su dominio sobre nosotros es inajenable; y se debe á sí mismo el no desprenderse de su imperio, porque no puede dejar de ser Dios. No se crea, pues, que es un sentimiento de orgullo exaltado el que nos persuade, que Dios quiere ser honrado por nosotros; es un sentimiento verdadero y profundo de sus divinas perfecciones y de nuestra dependencia. Por eso nos dice el Señor en la sagrada Escritura, que ha hecho para sí cuanto ha hecho: *Universa propter semelipsum operatus est Dominus*. Prov. xvi, 4.

Se dice también: Dios es infinitamente grande, y no puede menos de mostrarse indiferente á nuestros homenajes. Y ¿por qué? ¿Hemos de creer que su infinita grandeza le impide dirigirnos sus miradas, ó hace que nuestras súplicas, ó nuestros votos no lleguen hasta él, atravesando el espacio inmenso que nos separa del trono de su eternidad? Estas serían ideas groseras, nacidas de la limitación de nuestro entendimiento, de las ilusiones de los sentidos, y de nuestra propensión á extender al Sér infinito y Rey inmortal de los siglos, ideas aplicables únicamente á los hombres y á las potestades de la tierra. Además; ¿por qué han de ser indiferentes á Dios nuestros homenajes? Si á pesar de su grandeza infinita no se ha desdeñado de criarnos, ¿por qué se ha de desdeñar de ocuparse de nosotros, cuando este beneficio es una consecuencia natural del primero? Comunicándonos alguna parte de su vida, de su inteligencia y de su libertad, nos ha hecho á su imagen, y le somos tan queridos como lo es la obra al obrero, que se complace en ver en ella la expresión sensible de su pensamiento. No cabe la menor duda; el Criador ama en nosotros los dones que él mismo nos ha repartido; y siendo uno de ellos un entendimiento capaz de conocerle, y un corazón capaz de amarle, es imposible que no le sea agradable el homenaje de estas mismas facultades, que hemos recibido de su bondad infinita. Tampoco podemos creer, que la multitud y prodigiosa variedad de nuestros votos y ofrendas importunen á Dios. Estas ideas pueden, en verdad, aplicarse aún á cuanto hay de más grande en la tierra por el ingenio y el poder, porque aún allí se encuentra la debilidad humana; pero no á Dios, que de una sola ojeada, y con un solo pensamiento, abraza el universo con la inmensidad de sus pormenores.

Los más grandes monarcas del mundo serán siempre limitados en sus acciones como en sus luces, y nunca podrán conocer las súplicas y las necesidades de todos los individuos de un vasto imperio; pero no así Dios, ante quien el género humano es todo como un solo hombre, y á cuyos ojos el universo es como si no fuese.

Cierto, que el hombre, comparado con su Dios, es ménos que un átomo; pero, para evitar toda exageracion, no olvidemos, que hemos sido criados á la imágen misma del Criador; que ha estampado en nosotros la marca de sus perfecciones; y que por medio de sus comunicaciones inefables ha aproximado á sí lo que distaba de él tanto como la nada. Lejos de nosotros esa pueril idea, de que Dios aprecia los objetos por sus masas y sus dimensiones: ¿qué son el sol y todos los astros con su brillo y su magnificencia? ¿Qué son ante un sér inteligente, que los conoce, y mide sus órbitas y sus distancias, que se conoce á sí mismo, y puede conocer al autor de tantas maravillas? Y ¿qué! cuando el mismo Dios me ha dotado del poder sublime de elevarme hasta él, y de presentarme ante el trono de su magestad, de ser á su lado como el embajador é intérprete de las criaturas inanimadas; ¿será posible, que si guiado por el instinto de mi naturaleza llevo á sus piés el tributo de mi dependencia y el del resto de la creacion, le deseche, y vea en él tan solo una loca audacia digna de su desprecio y de su enojo? No, ciertamente; lejos de ser el insulto de un temerario; es el homenaje de un hijo reconocido, y de un súbdito fiel, el padre mas tierno, y el monarca soberano cuyo trono es la justicia y la bondad. De este modo se descubren, consultando la razon, relaciones esenciales entre la criatura y el Criador; relaciones, que nos imponen deberes tales, que es imposible que el hombre sea racional sin ser religioso.

Empero, para conocer aún mejor cuan esencial es á la naturaleza racional el culto religioso, consultemos un momento el más importante y más sagrado interés del género humano. Lo que ánte todo debe llamar nuestra atencion, es como la creencia en un Dios, y en una providencia que gobierna este universo, extendiéndose al mundo moral, lo mismo que al mundo físico, y que no es indiferente á los negocios humanos, ha sido mirada en todos tiempos y en todos los pueblos como la mas saludable y la mas íntimamente enlazada con la civilizacion, la conservacion y la felicidad de las sociedades.

Todos los legisladores la han puesto por base de sus instituciones, y todos han levantado sobre ella el edificio social. Y ¿por qué la fe en un Dios, y en una providencia que todo lo gobierna, es tan eminentemente útil, sino porque se enlaza con los sentimientos, con

las acciones y la conducta de los hombres; por que está destinada á ser la regla de nuestros deberes, y por que inspirándonos alternativamente sentimientos de temor y de esperanza, es el motivo más poderoso para excitarnos á cumplir con nuestras obligaciones, y á hacer los sacrificios que se exijan de nosotros?

¿Qué importa colocar en lo alto de los cielos un Dios ocioso, tan insensible á los homenajes del que le adora, como á las blasfemias del que le ultraja? ¿Un Dios, al cual yo no deba temer ni amar, adorar ni invocar, y que sea para mí como si no existiese? ¿Qué importa un conocimiento especulativo de la Divinidad, si estamos dispensados de todo deber para con ella, y si es tan indiferente á nuestros afectos y á nuestra conducta, como aquellos personajes históricos cuya existencia es cierto que confesamos, pero á quienes nada absolutamente debemos? Entónces, si, que seria Dios una abstraccion, un sér del que ninguna necesidad tendria el género humano. Separad la creencia en Dios de toda obligacion para con él y de todo homenaje religioso, y resultará un ateísmo práctico, es decir, el azote más destructor de toda moral y de toda sociedad; y ved como los que, sin impugnar abiertamente el dogma de la existencia de la Divinidad, rompen sin embargo los vínculos que nos unen á ella, y son más inconsecuentes y no ménos enemigos de los hombres que los ateos sistemáticos. Nuestro interés, pues, así como nuestra razon, nos inducen á tributar á Dios homenajes de amor y de adoracion.

¿Y no deberemos pagarle continuamente este tributo? Su poder, su sabiduria y su bondad nos rodean por todas partes. Señor, exclamaba el profeta: «¿á dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? Y ¿á dónde huiré para que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere á posar en el abismo extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. Tal vez las tinieblas me podrán ocultar, dije yo; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres. Porque las tinieblas no son oscuras para tí, y la noche es clara como el dia: obscuridad y claridad son para tí una misma cosa. Alabarte hé, Señor, á vista de tu estupenda grandeza». SALM. xxxviii, 7, y sig. Contemplemos, hermanos míos, las obras admirables del Criador; á imitacion de David, procuremos que nuestra alma esté toda penetrada de su presencia, para ofrecerle nuestros homenajes, merecer sus bendiciones, y poder participar de su misma dicha y felicidad en la gloria, que os deseo.

CULTO EXTERNO.

II.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Matth. iv, 10.*)

El que desee juzgar rectamente de los objetos, debe considerar el enlace que tienen entre sí, acercar al bien lo que hace parte de él, no tratar aisladamente lo que tiene cierto número de relaciones; en una palabra, comprender el espíritu de las cosas sobre las cuales se vá á decidir. Si no se adopta este principio, los usos más bien establecidos, las leyes más necesarias, todo, entre los hombres, serviría de alimento á la burla y á la mordaz sátira, que gusta de zaherirlo todo, sin nada profundizar. En nuestros días, algunos, por no darse la pena de examinar el espíritu interior de la religion, que dirige el culto que damos al Señor, miran con cierta especie de extrañeza y menosprecio las más augustas ceremonias del catolicismo, y se atreven á calificarlas de nimias y ridículas. En vez de desentrañar los misterios que encierran estos actos exteriores, pretenden hallar en ellos una invencion humana contraria al verdadero espíritu de la religion. El culto legítimo, van diciendo, consiste en los homenajes interiores del espíritu, y las exterioridades, por brillantes que parezcan, no son más que un vano simulacro. La Divinidad quiere reinar en el corazón; y cuánto no contribuye á establecer en él su imperio, es una pura ilusion. Nosotros creemos también, que á Dios se le honra más con la virtud que con pomposas ceremonias; que vale más llegar al templo con un alma pura y santa, que con cánticos compuestos con arte; y que Dios pide ser adorado en espíritu; pero no por evitar un exceso se ha de caer en otro, que no es ménos condenable, ni ménos funesto. Es ridiculo reducir el culto, que se ha de tributar al Criador, á meras exterioridades y á vanas apariencias;

mas no lo es ménos pretender, que únicamente debemos adorarle como los espíritus puros, de los cuales somos tan diferentes. Los que afirman, que Dios no quiere más culto que el del pensamiento, ni más concierto religioso, que el de una vida consagrada á hacer bien á los hombres, incurren en una exageracion, que es desmentida por la experiencia, por la razon, y por el sentimiento. Fácil nos será demostrarlo, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los pueblos, tanto los antiguos como los modernos, han sido más ó ménos religiosos, y todos, como arrastrados por la fuerza de las cosas, han tributado á Dios un culto exterior. Ni una sola nacion se encuentra, que se limite al sólo culto del pensamiento, y á los homenajes invisibles del espíritu y del corazón. Léanse las historias, lo mismo del antiguo que del nuevo mundo, y se hallará, que todas hablan de templos erigidos en honor de la Divinidad, de victimas inmoladas al pié de sus altares, de himnos para celebrar sus alabanzas, de oraciones para solicitar sus beneficios, de fiestas solemnes para darle gracias, y de sacrificios para aplacarla. Los hombres, pues, han creído siempre, que debian adorar la grandeza de Dios, bendecir su bondad, implorar su clemencia, y desarmar su justicia con actos exteriores, con un culto externo y público.

La razon ha dictado á todos, que debian hacer á Dios el homenaje de su sér todo entero, es decir, de su cuerpo, igualmente que de su alma. No somos puras inteligencias independientes de las cosas sensibles; no vivimos solo de pensamientos y de ideas; tenemos un cuerpo y órganos de que nos servimos, hasta para el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Y ¿nos desentenderemos de este cuerpo tan solamente cuando se trata del Criador, y de los homenajes que le son debidos? Y ¿nos creeremos dispensados de hacerle servir al culto de su autor por los actos exteriores y sensibles de que únicamente es capaz? No nos hagamos ilusiones; guardémonos de atribuir al hombre una perfeccion quimérica, creyéndole, para ensalzar su dignidad, tan desprendido de los sentidos, que pueda prescindir de su influencia. ¿Qué resultaría, si se limitase el culto divino á los homenajes puramente interiores? Los sentimientos de piedad se debilitarian poco á poco, hasta que por fin se apagarían enteramente. Bien pueden ciertos escritores temerarios, graduar de prácticas pueriles y vanas, los ritos sagrados, la pompa de las ceremonias, los cánticos sagrados, y las decoraciones de los altares; la experiencia nos enseña, que sin estas prácticas exteriores, la religion se bor-

ra de nuestro espíritu. No cabe duda, que la verdadera piedad reside en el corazón como en un santuario impenetrable y solo conocido de Dios; pero no es ménos cierto, que esa misma piedad, sin el culto exterior, que la conserva y fortifica, sería muy en breve un vano fantasma. Todo ese supuesto culto del pensamiento, se reduciría bien pronto á algunas ideas metafísicas sobre Dios, que no arreglarían los afectos, ni la conducta; por cuyo motivo, los que quieren una religion sin culto externo, se parecen á los filántropos, que predicán el amor á los hombres, sin practicar ningun acto de humanidad; ó á los políticos, que quieren un cuerpo social, pero sin ninguno de los vínculos exteriores, que deben estrechar entre sí á todos sus diferentes miembros. Al hombre hay que tratarle tal como es; y puesto que su entendimiento es débil, ligerá su imaginación, y su corazón fácil á extraviarse, no conviene despreciar ninguno de los medios que puedan fijar su inconstancia, excitar su atención, y alimentar su alma de sentimientos de piedad.

2. Estos son los efectos del culto externo. Figuraos un templo, donde nada se ve, ni oye, que no excite impresiones saludables: allí los cánticos graves y puros, las ceremonias tiernas, un aparato augusto, el recogimiento y el silencio penetran las almas, y las convidan á la meditación; allí se apaciguan las pasiones, y la idea de Dios, avivándose, obliga al vicio á avergonzarse, reanima la virtud, consuela la desgracia, y prepara al hombre á los afectos dulces, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida. Si la religion conserva la moral, puede decirse también que el culto conserva la religion, y le da un cuerpo, y la hace popular. Es la expresión visible de la creencia y de las reglas de las costumbres, y como una serie de cuadros expuestos á la vista de todos, en que sin esfuerzo ni trabajo pueden ver la doctrina que deben creer, y los preceptos que han de practicar. Y siendo tan necesario este culto, ¿hay, sin embargo, temerarios, que se atreven á censurarlo? ¿Se contenta la sociedad civil con dictar leyes, dar á conocer sus ventajas y recomendar su fiel observancia? No, por cierto; sino que para darles mayor fuerza, rodea á sus depositarios de cuanto puede atraerles las miradas y los homenajes de la muchedumbre. ¿Qué sucedería si la autoridad pública y las leyes se despojasen de esas exterioridades imponentes, que tanto ocupan la imaginación de los pueblos, que parecen añadir algo á la realidad de los objetos, é infunden de este modo mayor respeto en las almas? Muy luego veríamos relajarse los vínculos de la dependencia y subordinación, caer en desprecio las leyes, y estallar por todas partes el espíritu de rebelión. Pues del mismo mo-

do, si despojásemos la religion de todo culto exterior, y la dejásemos abandonada al capricho de cada individuo, la veríamos debilitarse por grados, perder su ascendiente sobre las almas; y desterrándose de los hábitos y conducta de los hombres, borrarase casi enteramente de su memoria.

Por otra parte; ¿quién no ve, que limitar el culto de Dios á los homenajes interiores, es desconocer la naturaleza del hombre, y obligarle á rechazar un sentimiento que domina á todo el linaje humano? ¿Quién de nosotros no percibe el enlace íntimo que hay, entre los afectos del alma y su manifestación, y que es imposible al hombre estar penetrado vivamente de un sentimiento, sin expresarle en su exterior? ¿Qué hombre compasivo no da pruebas de su piedad hácia los desgraciados? ¿Qué hijo respetuoso y tierno no hace brillar la piedad filial? ¿Qué pueblo ha honrado nunca á sus magistrados, sin darles testimonios visibles de consideración y de respeto? Y ¿podrán ser sinceros los sentimientos religiosos de nuestros corazones y no manifestarse exteriormente? Esto no es natural. ¿Cómo podré yo adorar interiormente á Dios, como á mi Criador y árbitro de mi destino, y no me he de complacer en pagarle públicamente el tributo de mi dependencia? De tal modo han reconocido los pueblos la legitimidad de este homenaje, que todos se han apresurado á ofrecer al Criador las producciones de la tierra, las primicias de las mieses, y cuanto servía para su uso. Es imposible no reconocer en el fondo de mi corazón al autor de mi vida y mi constante bienhechor. Cuando las maravillas de la naturaleza, que tanto nos arrebatan; cuando esos frutos de la tierra, que proveen á nuestras necesidades, los animales que nos auxilian en nuestros trabajos, el día que nos ilumina, el pan que nos alimenta, el vestido que nos cubre este cuerpo con sus órganos, tan bien adaptados á todas las funciones de la vida, y, en fin, este entendimiento, que puede elevarme hasta el Criador, son dones recibidos todos de su liberalidad; cuando su amor me rodea por todas partes, y me hallo como sumergido en el océano de su bondad; cuando creo todo esto, y lo siento interiormente; ¿quereis que no celebre sus beneficios, ni convide á mis semejantes á participar de mi admiración y de mi reconocimiento? Sería condenarme á ser ingrato. El rey profeta no hacía más que seguir las impresiones de la naturaleza, cuando exclamaba enagenado: «Bendice, oh alma mia, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice al Señor, alma mia, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios.» *Benedic, anima mea Dominum; et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus.* SALM. II, 1, 2. A imitación de David, recordemos los beneficios, que hemos re-

cibido de Dios, y mostrémonos agradecidos. Si queremos que bendiga nuestras empresas, dirija todos nuestros pasos, y nos acompañe en todos nuestros caminos; si deseamos que en nuestros infortunios sea nuestro apoyo; en nuestras aflicciones, nuestro consuelo; en nuestras dudas, nuestro maestro; si pretendemos alcanzar de él alegría, placer, serenidad, paz imperturbable, salud, dicha y vida eterna; tributémosle siempre las más solemnes y públicas acciones de gracias; consagrémosle nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones; y uniendo nuestros acentos con los de los niños de Babilonia, exclamemos: «Bendito seas tú, oh Señor Dios de nuestros padres; y digno eres de loor, y de gloria, y de ser ensalzado para siempre: bendito sea tu santo y glorioso nombre, y digno es de ser alabado, y sobremanera ensalzado en todos los siglos. Bendito eres tú en el templo santo de tu gloria, y bendito en el trono de tu reino. Ángeles del cielo, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Hijos de los hombres, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Vosotros sacerdotes del Señor, bendecidle; loadle y ensalzadle por todos los siglos. Siervos del Señor, espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor sobre todas las cosas. Vosotros, santos y humildes de corazón, vosotros todos, los que deis culto al Señor, bendecidle porque es tan bueno, loadle y tributadle gracias. Obras todas del Señor, bendecidle, loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. DANIEL III, 4 y sig.»

Acceptad, Dios mio, las alabanzas que os tributamos; derramad sobre nosotros vuestras bendiciones, para que mostrándonos siempre agradecidos á vuestros beneficios, sirviéndoos y amándoos fielmente en la tierra, merezcamos un dia disfrutar de vuestra eterna felicidad en la mansion perdurable de la gloria.

CULTO DOMÉSTICO.

III.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Math. iv, 10.*)

Dios, al criar el hombre, lo constituyó de manera, que no pudiera prescindir de comunicarse, más ó ménos intimamente con sus semejantes. Queriendo que nuestra naturaleza fuese un compuesto de dos sustancias distintas, quiso tambien, que la vida social fuese la condicion de su desenvolvimiento. Oigamos, ante todo, el oráculo pronunciado sobre Adan el primer dia, y, en su persona, sobre todos los que, herederos de su naturaleza, debian quedar sometidos como él á las leyes que presidieron á su formacion. *No es bueno que el hombre esté solo*, dijo el Criador al contemplar la nueva obra salida de sus manos; *hagámosle ayuda y compañía, semejante á él*. Y cuando puso en presencia de Adan esta su ayuda, *el hueso de sus huesos*, y *carne de su carne*, la primera bendicion, que resonó en la tierra, fué el deseo eficaz de una multiplicacion siempre creciente empezada en nuestros primeros padres; y que, hasta el último dia, bastará para perpetuar el linaje humano. Aqí que, tan luego como la primera muger fué madre, se apresuró á saludar el orden de la providencia en la gloria de la fecundidad, que se le habia otorgado: *He adquirido*, exclamó arrebatada de júbilo, *he adquirido un hombre por merced de Dios*. De esta suerte quedó formada la primera familia, imágen de todas las que debian sucederle, y en la que el hijo pertenece á Dios, que le otorga *por merced*, y á sus padres, que le reciben con amor. Siendo Dios el autor de la familia, es evidente que ella debe tributarle un culto especial; el culto que hemos llamado domés-

tico, y del cual vamos á ocuparnos en el presente discurso, despues de pedir los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es quien une los esposos y cumple en ellos las bendiciones prometidas; Dios es quien dá los hijos, como lo declara en mil pasajes de los Libros santos; Dios es quien abre ó cierra á su placer el seno maternal; ¿quién osará pues negar, que los esposos, preparados el uno para el otro de toda la eternidad y reunidos en el tiempo, tienen la obligacion de tributarle un culto en comun, de la misma manera que Dios ha querido que disfrutasen en comun de todas las cosas, hasta de sus personas? ¿No deberán decirle, como Tobías y Sara tan alabados en las Escrituras: «¡Oh Señor Dios de nuestros padres! bendígante los cielos y la tierra: tú formaste á Adán del lodo de la tierra, y le diste á Eva por compañía y ayuda; haz que tu nombre sea bendito por nosotros en toda la série de los siglos; que cada dia te bendigamos con más fervor; que ambos vivamos por largo tiempo unidos, y alcancemos una ancianidad dichosa?»

Y cuando Dios habrá visitado á esos esposos, cuando les habrá dado, con una posteridad numerosa, un consuelo en sus penas, una esperanza en sus trabajos, un auxilio en su enfermedad, un descanso en sus últimos dias, y un sonris en su ancianidad; ¿no experimentarán la necesidad de reunirse para ofrecer á Dios sus queridos hijos, ponerlos bajo su guarda, darle gracias por habérselos concedido, y rogarle que les conserve? ¿Cuántos padres no han dirigido frecuentemente á Dios iguales súplicas! ¿El padre, cediendo al solo impulso de su ternura; la madre, á la sola emocion de la sangre maternal!

Aquí tenemos nuevas resoluciones entre seres creados, nuevas bondades de Dios, un nuevo motivo de accion de gracias, y, por lo mismo, la necesidad de un nuevo culto, no individual, sino colectivo, inspirado á estos seres, que, estando asociados en el beneficio, deben estarlo tambien en el agradecimiento.

Y este mismo niño, que ha sido objeto y ocasion de tantas súplicas, ¿no habrá de ofrecer, á su vez, un tributo de agradecimiento? ¿No habrá de asociarse á sus padres para manifestar, como ellos, sentimientos de gratitud? Y cuando su madre le diga, lo que la madre de los Macabeos decia á sus hijos: Hijo mio, «yo nõ sé como fuiste formado en mi seno; porque ni yo te dí mi alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné tus miembros; sino el Criador del universo, que es el que formó al hombre en su origen, y el que dió principio á todas las cosas;» al decirle esto, repito, ¿no deseará dar

gracias, en union con sus padres, á ese Dios bondadoso, que le ha dado el sér, que no tenia, y le ha llamado por su nombre ántes que él viera la luz, y que por su misericordia le ha formado con tanto amor, y conservado con tanta solicitud? A imitacion de sus padres ¿no se dirigirá al Dios suyo y de ellos? ¿No le dirá: Dios mio, mi verdadero padre, y mi primer bienhechor; sois vos quien me ha dado un padre y una madre, que me aman con la mayor ternura?

Sin duda son grandes estos beneficios; y el agradecimiento que los refiere á Dios, y le considera como su autor, queda bastante justificado. Sin embargo, léjos de nosotros el pensamiento de creer, que son estos los únicos beneficios recibidos, y que el niño, despues de haber recibido la vida, despues de los cuidados indispensables para conservarla, pueda considerarse como independiente de los suyos y en el aislamiento; por el contrario, á medida que el niño se va desarrollando, más necesidad tiene de los suyos, más necesaria le es su familia. Si el niño ha de tener cierta edad para poder por sus solas fuerzas atender á su subsistencia, aún en medio de esta abundancia que hace del universo entero una mesa preparada para servirle; indispensable le es por mucho tiempo el auxilio ageno, para fijar en su entendimiento los conocimientos más generales y comunes. Separado del seno que lo amamanta, el niño languidece y muere. Otro tanto aconteciéra con su inteligencia, si otra inteligencia á su lado no tartamudease en su oido ciertas voces, para dar un nombre á los objetos que hieren sus sentidos, y un cuerpo á todas sus ideas, que, sin este auxilio, no dejarían en él sino una percepcion vaga y fugaz. Lo propio le sucediéra con los afectos del corazon, sino encontrase en otros corazones, primero, algun agasajo que le halagára, y luego, una correspondencia que le diese fijeza. Solo por la compañía de otro brota en cada uno de nosotros la chispa que ilumina nuestro entendimiento, el fuego que calienta nuestro corazon; y el que á consecuencia de un secuestro bárbaro, no hubiese conocido jamás ni amado á sus semejantes, ese tal, no vacilamos en decirlo, y el apóstol San Juan lo ha dicho ántes, se quedaria siempre sin discernimiento y sin amor á Dios.

Así, pues, hermanos míos, nadie está exceptuado de dar gracias y bendecir á Dios, cuya solicitud ha puesto á nuestro lado otras solicitudes, imágen y derivacion de la suya, para producir esa continuidad de cuidados asiduos y necesarios á la conservacion de nuestra vida. Y, por lo mismo, todas las criaturas le deben no solo un culto espiritual é interior, sino tambien un culto visible y exterior, y acomodado á su doble condicion de un sér, que consta de alma y cuerpo.